

La práctica analítica y sus fronteras con la cultura. Relevancia para la formación

Casi todo lo que concierne al psicoanálisis, y al ser que está en su objetivo, respecta a las fronteras. No solo su concepto-clave, la pulsión, que Freud define como concepto-límite, entre cuerpo y psique, entre fuerza y sentido, entre lo irrepresentable y la representación, sino también nuestro Yo, ubicándose en la frontera de las otras instancias y de la realidad del mundo y de los otros. ¿Y qué decir del espacio analítico, de su encuadre, del sujeto en relación a la cultura, etc.? Siempre estamos lidiando con las fronteras, con *el entre y no entre...* entre, entre y entre... Las fronteras, como se ve, son móviles y ponen en relieve la exigencia de trabajo que un territorio impone al otro, su vecino: trabajo del extranjero. ¿Y qué decir de la cultura? ¿Qué no es producto y efecto de la cultura en el espacio del análisis? El habla, las representaciones, los afectos, las emociones, las fantasías... son todos seres culturales, todos contienen o son efectos de la escena cultural. Recuerdo aquí el primer apareamiento del término sublimación en Freud, en una carta a Fliess de mayo/1897, en que afirma que nuestras fantasías son sublimaciones de las actividades sexuales infantiles. Sublimar es ajustar la pulsión al investimento de objetos culturales. No solo la sublimación, sino cualquier destino pulsional tendría, según Freud, una función de defensa, del negar la meta sexual para crear e investir los habitantes culturales del alma. Y, sin embargo, esos habitantes – representaciones, afectos, fantasías, etc. implicados en el habla y en el intercambio entre analista y paciente – abrigan aquello de lo sexual que les confiere un valor para la vida, o sea, la seducción por los otros y por las cosas, para continuar viviendo. Cuidar en la clínica sería implicarse en el manejo del trabajo cultural de los objetos de orígenes del sujeto, en la carencia o en el exceso de negación que impusieran a los destinos pulsionales del sujeto en sus inicios, para que no se destruya en él el poder de fruición junto a los otros y a los objetos culturales. Es un trabajo de amor, insiste Freud, en que intentamos, por la vía regresiva, ayudar al paciente a amenizar el exceso de los efectos deletéreos de esa negación que desembocaron en la cisión, en el recalque, en las formaciones reactivas, en las resistencias, en las defensas etc.

El trabajo de la cultura opera según un régimen dictado por los ideales. Los ideales, a través de sus exigencias que operan en la frontera con el sujeto, tienden a negar y a engatusar el estado de desamparo del ser humano, con el fin de superarlo, prometiendo saberlo todo y dominarlo todo y por fin alcanzar la felicidad. Debilitan, así, en algún grado, la seducción por la vida, generando una alienación progresiva del sujeto. La sumisión a los ideales,

que propicia las ganancias de la dominación científica y de las ganancias del trabajo dictados por la organización social y política, solo puede culminar en un sentimiento de culpa inconsciente en relación a las metas de los ideales que demandan un negar extremado de la pulsión. Sublimaciones deletéreas, tributables de la disyunción pulsional, que, así, hipertrofian el afán de la dominación y la liberación de la destructividad y los medios de compensarlos por las prácticas de goce que la civilización ofrece junto a otros padecimientos del alma. Si el psicoanálisis sirve a los pacientes para aliviarlos de los atentados al amor y a las seducciones por los otros y por los objetos culturales, surge la cuestión, ¿podría actuar también del otro lado de la frontera, de la cultura y de sus agentes? ¿Tendríamos algo que hacer en ese terreno? Creo que sí. ¿Cómo? El trabajo en la comunidad, el servicio de atendimento a la comunidad, el psicoanálisis en la calle, el psicoanálisis al aire libre, la escucha en medio a la diversidad de actividades en los espacios educacionales populares, los diálogos de psicoanalistas en centros culturales en torno a la vida privada, a películas, obras de arte etc. En todos esos espacios, el psicoanálisis, en su escucha y atención, acaba propiciando a los que no lo estudian una devolución de partes del alma que fue escamoteada por el masivo adoctrinamiento económico y sociopolítico de la vida en la civilización. Y que ha dejado muchos de esos niños y muchos de esos adultos al margen de la sociedad, discriminándolos. ¿Sería ese cuidado suficiente para proteger la cultura del trabajo de muerte que su civilización nos impone? No. Es necesario que nuestro conocimiento teórico-clínico nos alíe a las voces de filósofos, científicos, escritores, artistas, activistas políticos, etc., que denuncian las acciones y tendencias de políticas públicas que nos manipulan y nos sugestionan, nos persuaden, en nombre del avance y de la mejoría de la prosperidad y de la longevidad de la vida, en adherir a los dictámenes económicos y políticos, perjudicando el sentido de vivir y de respeto a la vida en sociedad. Necesitamos posicionarnos y denunciar la explotación ruidosa de los recursos naturales y de la biosfera, cuyos efectos nocivos climáticos y pandémicos estamos sufriendo actualmente. No fue el virus de la Covid 19 que nos invadió, sino que fue la invasión de las reservas naturales por la civilización lo que lo trajo hasta nosotros. Necesitamos posicionarnos también en relación a la intolerancia hacia los pueblos indígenas y a su modo de vivir, así como otros fenómenos sociales de exclusión, del racismo, entre otros. Las pequeñas diferencias, decía Freud, son promotores de las mayores violencias. Son consecuencia de las hazañas del Yo, uniformizado al Yo colectivo social, que se defiende de la sexualidad, de su plasticidad y diversidad. Hace poco, colegas nuestros, Inacio Paim y Wania Cidade, rescataron documentos del racismo en Brasil,

en que el gobierno advertía del contagio y de la contaminación por la negritud... ¿qué serían esos peligros si no los ecos de la amenaza por la sexualidad infantil, intolerable a la civilización, proyectadas en los rasgos de las diferencias? Cuando abogo por un posicionamiento del psicoanalista en el campo político y cultural, me refiero a su posición de cuidado y respeto al sujeto, es decir, a partir de su encuadre interno, de la encarnación del psicoanálisis; no, necesariamente, a un posicionamiento de izquierda y derecha ya que ambas ideologías tienden a proponer modelos políticos totalitarios que son adversos a nuestros propósitos.

¿En qué el trabajo en la comunidad, en la calle, en el espacio abierto y junto al público, así como el posicionamiento en el campo político, contribuye para la transmisión y la formación analítica? Nos encontramos en el inicio del entendimiento de ese campo donde ambos espacios, el de la clínica del individuo y los espacios públicos, se retroalimentan. Estamos también empezando a echar mano de la amplia contribución de Freud y descendientes para el campo de la cultura y su uso tanto a servicio de nuestro lugar como clínicos y también como analistas en el espacio cultural y político, así como para el entendimiento de las relaciones institucionales, intergeneracionales e interregionales de nuestras instituciones psicoanalíticas. Estamos al principio, pero ya comprometidos.

Daniel Delouya, SBPSP